

El impenetrable **enigma** de la belleza

José Luis del Barco



Profesor de
Filosofía moral.
Facultad de
Filosofía y Letras.
Universidad de
Málaga. España

Muy encallecido hay que tener el gusto para oír las cantatas de Johann Sebastian Bach sin estremecerse. Cuando no hay patologías de la sensibilidad, la obra bella sobrecoge. ¿Qué tiene la belleza que cautiva? Positivistas y materialistas consideran un engaño su efecto seductor, algo parecido a una borrachera o a un desvarío de los nervios. Una respuesta a bulto así no resuelve la cuestión. Aunque la belleza fuera un espejismo de la fantasía, su raro poder de fascinación aún sorprendería. Su magnetismo arrastra, somete la voluntad, subyuga los sentidos y, según Paul Valéry, hasta desespera. En los momentos de soledad creadora, forjando versos como el herrero el hierro, la imposibilidad de encerrarla en la estrecha cárcel de la palabra debió de desesperar al poeta francés. Se llenaría de desconsuelo viendo extenuadas sus fuerzas por la tarea interminable ante sí y la entrega total a una actividad que admite sólo la perfección a cambio de míseros resultados.

Pedir tanto y dar tan poco no es propio de un espejismo, sino de un misterio. Grande es el de la belleza y nos topamos con él a cada paso. Misterioso es su poder de movilizar las fuerzas del artista hasta la consumación y a fondo perdido. Es como si se gozara, desde su altura olímpica, del poder de someternos a sus exigencias. Tal soberanía hace decir a Dostoievski, en *Los hermanos Karamázov*, que es «una cosa terrible y espantosa»¹. Misteriosa es la necesidad que el arte y el mundo tienen de ella. El arte la necesita para existir: es la efigie huidiza que busca. Honoré de Balzac le otorga el puesto de honor en *Las ilusiones perdidas*. Cada cual

ocupa el suyo en la galería balzaquiana de tipos humanos. Hay aristócratas, funcionarios, editores, impresores, científicos, filósofos, periodistas, pintores, escritores, petimetres, bailarinas, actrices, baronesas, médicos. No falta ni un figurante de la comedia humana, pero Lucien de Rubempré, el protagonista, representa en ella «la Poesía y la Belleza»². El mundo la precisa para ser un hogar habitable. Ya estaríamos hartos de él, fantasea Oscar Wilde, «de no ser porque el arte, con su fino espíritu de elección y su delicado instinto selectivo, lo purifica para nosotros, por así decirlo, dotándolo de una perfección momentánea»³. Misteriosa es su cercanía a la verdad. Es el esplendor de la verdad de las cosas sin el que pasarían inadvertidas. Su poder de dar a los ojos una visión por encima de la natural hace exclamar hiperbólicamente a Wilde: «uno no ve una cosa hasta que ve su belleza»⁴. Misterioso es el recogimiento, como retiro monástico, con que preserva su interioridad del ojo curioso del artista, que ansía verla para darla a los demás. La belleza se hurta a los artificios que aquél dispone para aprisionarla -pentagrama, cincel, verso, lienzo- y algunos sucumben a la tentación de negarla. «¿Qué es la belleza? No existe», dice Picasso. La abrupta negación, un exabrupto desmentido por su vida, inmolada a perseguir un ideal de cuya existencia hay vislumbres admirables en su obra pictórica, es una confesión distraída de su misterio. La diría en un momento bajo, cuando el artista siente su impotencia para la inmensa tarea y es inducido a execrar el huidizo arquetipo que se le resiste. La negación picassiana de la belleza es una afirmación renuente de que encierra

en sí misterio. Misterioso es su poder de hacer que la eternidad se persone en el tiempo. Como lucha con lo efímero para acceder a regiones imperecederas la ve Machado. «La belleza no está en el tiempo, dice el poeta andaluz, sino en el deseo de penetrarlo»⁵. El logro colosal, reservado al genio, permite al ser humano vislumbrar lo eterno. «Es ese admirable, ese inmortal instinto de lo bello, dice Baudelaire, lo que nos permite contemplar la Tierra y sus espectáculos como una visión, como una *correspondencia* del Cielo. La sed insaciable de todo lo que está más allá, y que la vida revela, es la prueba más vida de nuestra inmortalidad»⁶. Explicar la belleza, el ámbito lindante con el misterio, resulta difícil. Nuestros tiempos banales, adictos a lo epidérmico, rehúyen hacerlo o sustituyen la explicación por simplificaciones. La suplantación ha originado la moda devaluadora, cuyo axioma proclama que todo es materia infame. Lo elevado y lo abyecto constan por igual de ingredientes deleznable y lo alto se explica sin excepción por lo bajo. El amor es química; la amistad, interés; el arte, sublimación de impulsos inconfesables; la sexualidad, testosterona; la libertad, ilusión; las ideas, secreciones del cerebro; el pensamiento, fósforo; y el hombre, un mono con suerte en la caprichosa ruleta evolutiva. El sumarísimo método, semejante a una condena sin juicio ni tribunal, es craso reduccionismo, y se recomienda para explicar la belleza.

Una explicación reduccionista muy frecuente afirma que es una estrategia para la conservación de las especies. El pródigo derroche de color de las flores sería el ardid de la naturaleza para atraer a los insectos y propiciar la polinización. La explicación, propuesta por Darwin, es un efugio y deja el asunto sin explicar⁷. El insecto se posa en la flor a succionar el néctar conducido por el certero timonel del instinto. No descansa en la corola pasmado por la belleza a contemplar arrobado sus esplendores, sino a chupar el jugo azucarado obedeciendo sumiso la ley de la especie. Si la flor fuera fea, libaría el licor ajeno a los primores alrededor, que para él no existen, con igual afán. La belleza

no es bella por su utilidad o por la función que cumple, sino gratuitamente. Se otorga de gracia, sin premio, interés o motivo, como derroche supernumerario. El pródigo misterio de que la naturaleza ampare las especies bellamente es un agasajo estético y lanza al artista a «embellecerlo todo, en una inmensa misericordia» (G. Mistral).

Como lo semejante a lo semejante, el misterio apela al misterio, y explicar el profundo de la belleza requiere acudir al insondable del hombre. Él es el enigma insoportable, porque ni podemos ignorarlo ni rehuir la tarea de descifrarlo. Ciertas torres de humanidad, poetas, filósofos, científicos, arrojan más luz que otros sobre la incógnita humana, pero a todos nos inquieta y todos somos llamados a descifrarla.

Entre las deslumbrantes sorpresas que depara el ser humano al que ahonda en su misterio, pocas tan inauditas como su desconcertante instalación en el mundo⁸. La de las cosas y el animal es acoplada y fácil. A aquéllas les basta el lugar que ocupan y éste se acomoda a su nicho ecológico con complacencia. En él encuentra la solución a los problemas que le plantea la supervivencia y en él transcurre su vida estólida sin necesidad de más. Ni echa de menos otros espacios, ni anhela lejanías, ni se ahoga en la estrechez de su recinto, ni le aburre vivir toda la vida bajo el mismo cielo, ni cree que la felicidad, si se le permite el antropomorfismo, está siempre lejos de donde se encuentra. Le basta el medio para subsistir a plena satisfacción y le sobra lo demás. Lo que queda fuera de su habitat, las vastas regiones circundantes repletas de maravillas, para él no existen. El medio es todo para el animal y ni conoce, ni necesita ni tiene mundo. Al hombre le pasa al revés: tiene mundo, no medio. Todos los habita porque no está fijado ni encadenado a ninguno. En los fecundos trópicos, en las álgidas soledades árticas y antárticas, en valles y montañas, desiertos y vergeles, el hombre establece su hogar. Si un medio es hostil, lo acondiciona a sus necesidades con trabajo e inteligencia en vez de adaptarse a él. Hasta los abismos oceánicos y las alturas celestes puede habitar. No es propio del

hombre recluirse en un medio, sino abrirse a la profusa vastedad del mundo. Pero lo hace de un modo peculiar: lo coloniza, habita, humaniza, cuida, acrecenta o degrada (cuando desoye la ética) sin pertenecer a él. El hombre es mundano, no intramundano; está en el mundo, pero no es del mundo. Su conocimiento no se satura y no se agota su capacidad de amar. Nada mundano ni humano lo sacia y tiende a la felicidad -gozar del bien sin perderlo- que sólo procura el Bien Infinito.

La instalación del hombre en el mundo ha recibido diferentes denominaciones, pero la más oportuna para el asunto que nos concierne es "poética". «Poéticamente habita el hombre sobre la tierra», canta el infausto Hölderlin recluido en su torre a orillas del Néckar⁹. El gran romántico, fiel a la misión de fundar lo permanente que él mismo asigna al poeta, erige, como castillo sobre firme roca, una verdad duradera e inmune al paso del tiempo. El hombre habita el mundo poéticamente, porque no puede vivir con lo que le renta. Le proporciona sustento, suelo, asilo, solaz: cuanto necesita para resolver el problema de la supervivencia. Pero no es éste su principal asunto, sino el aún no resuelto de vivir humanamente. Sobrevivir no es la finalidad del hombre. La supervivencia como único fin es el destino del animal y el medio lo abastece de lo necesario para conseguirla. Sólo ese afán lo mueve y el habitat se reduce a lo interesante para su interés. Para lo demás es ciego y las maravillas superfluas para la supervivencia - la opalina lentitud de un crepúsculo a orillas del mar- le son ajenas. Sin admirar se quedarían por siempre, serían baldías, si alguien no las viera. No son baldías porque las ve el hombre. A él no le basta con remediar las urgencias del gran negocio de la existencia. Lo provechoso para subsistir o seguir en pie le permite ir tirando, vegetar, no vivir plenamente. Su vida es más vida y ansía vivir más. Quiere vivir como corresponde a su distintiva condición personal. Cuando su grandeza es atiborrada de bagatelas indignas de su altura, le sobreviene el tedio, el aburrimiento u otra patología de la levedad. El

hombre ha de atender lo urgente para no morir, pero ha de hacer lo importante para vivir. Satisfechas sus necesidades, comienza la gran tarea de la existencia: amar, trabajar, estudiar, adorar, soñar, cooperar, educar, explorar, cantar, rezar.

Y admirar y crear belleza. Ni una cosa ni otra haría si estuviera instalado en el medio al modo del animal, como si fuera su hogar para siempre, y le bastara lo útil. Pero no es el caso. Su modo de vida muestra que no se contenta con la utilidad que las cosas le reportan. Además de útiles, las quiere bellas. Obsérvense las vasijas, copas, jarrones, ánforas de pueblos antiquísimos; repárese en sus enseres, cacharros y trebejos; véanse despacio sus herramientas, utensilios e instrumentos; examínense sus hachas, flechas y otras armas, y se comprobará. Todos reúnen motivos estéticos innecesarios para cumplir su función. A una vasija, diseñada para contener líquidos, le basta con ser cóncava. Cumpliendo ese requisito, le sobra lo demás para ser de provecho en la vida cotidiana. Pero al hombre le sabe a poco la utilidad de las cosas y las retoca para que aparezcan bellas. Las pinta de cierto tono, en su superficie dibuja arabescos, graba figuras, burila inscripciones, representa escenas, es decir, las hermosea. Y así con todo. La insuficiencia de la pura utilidad para su aspiración a más alta vida que la pura subsistencia lo mueve a completar los útiles con el complemento espléndido, un sobrante ocioso y lujoso, de la belleza. Sin el hombre no existiría, y el universo, sin rendir todos sus frutos, quedaría incompleto. Santo Tomás sostiene que la realidad material comporta imperfección y, para poner remedio a su «deficiencia», Dios creó seres espirituales¹⁰. Ellos «la obligan» a que dé de sí lo que sin ellos nunca daría. Con la inteligencia, esa luz que saca a luz el quid enigmático de cada cosa, la «fuerza» a manifestar su verdad; con la voluntad, esa apertura del alma a la bondad, a que entregue su caudal de bien. Éste es conveniencia de la realidad con el apetito; aquélla, con la inteligencia, así que, sin criaturas inteligentes y amantes, no sería posible ni la verdad ni el bien. Ambos necesitan el refrendo del hombre para compare-

cer. Sin él serían ignorados para siempre, y el mundo se empobrecería y no se mostraría como un enclave denso de bellezas. Si sólo lo habitara el animal, ajeno a la plétora de esplendores innecesarios para sobrevivir, pasarían inadvertidas. Permanecerían latentes para siempre o se agostarían antes de brotar. El poder del ser humano de resarcir el «menoscabo» de lo material, destapando y contemplando la belleza natural, le confiere el sobrehumano de crear la artística. El hombre, advierte Chesterton, es a la vez criatura y creador. Es creador de mundos de ficción y es creador de belleza. Lo primero revela la altísima aspiración de su espíritu. Como el mundo natural no la aquieta, crea otros muchos, los fabulosos del arte, para colmarla. Así no lo consigue del todo, sino sólo estéticamente. El sosiego definitivo de esa sed de infinito viene de Dios, pero el arte contribuye creando mundos afines a su amplitud. Lo segundo hace de él «un ser poético que embellece lo que toca». Tal vez resulte extraña una afirmación así y puede sonar a broma cuando se repara en las veces que el hombre afea las cosas en que pone sus manos. Adesios y mamarrachadas sin cuento sirven de prueba. Nada de esto niega C. S. Lewis, el autor de la frase, y tampoco contradice su idea¹¹. Él quiere expresar esta sencilla evidencia, ya enunciada más arriba: al hombre no le basta lo útil y lo hermosea. Los desmanes de algunos son una afrenta, pero no refutan esa verdad. Un raro ejemplar de hombre, del que aún no hay constancia, sería aquél al que colmara la utilidad. Ni el más zafio Sanchopanza se conforma con ella y le resulta escasa al patán más rudo. Uno y otro tienen más altas miras, tal vez refrenadas por una pobre o grosera o inexistente educación sentimental, y claman por más. Pero algunos se desentienden completamente de ella y se consagran al obsesivo oficio de la belleza. Son los artistas. Los insobornables, íntegros, puros artistas entregados en cuerpo y alma

Santo Tomás sostiene que la realidad material comporta imperfección y, para poner remedio a su «deficiencia», Dios creó seres espirituales

al iluminador oficio. Quien se siente llamado a iluminar la realidad, a rescatar sus zonas oscuras, sustituye la lógica de lo útil por la emoción de lo bello. Oficia de abogado de las cosas, subsana su imperfección y nos las pone a la vista perfeccionadas. «El artista, dice el hosco Schopenhauer, nos deja mirar el mundo con sus ojos»¹². Presta a los nuestros sensible sagacidad para verlo con la hondura de la mirada artística: la de la visión diversa y profunda. Unas veces alumbraba, como el faro las noches de los navegantes, e intuye y anticipa. Ciertas demasías de Nietzsche, como su exaltación de la moral de los fuertes, esos seres mercedores de impunidad sean cuales sean sus maldades, fueron anticipadas genialmente, junto con sus consecuencias, por Dostoievski. El héroe trastornado de *Crimen y Castigo*, Raskólnikov, cree que «ciertas personas pueden cometer toda clase de desmanes y transgresiones»¹³. A esos seres desorbitados, que el ruso visionario sitúa, antes que el destemplado alemán, más allá del bien y del mal, todo les está permitido. Otras veces presenta tipos humanos fuera de lo normal, bien para mostrar la altura abnegada a que puede elevarse la humanidad, como el caballero de la triste figura de Miguel de Cervantes, bien para exponer a qué abismos de maldad puede descender, como Adrian Leverkühn, el desafortado héroe de *Doktor Faustus*, de Thomas Mann. En ocasiones penetra en los grandes misterios del tiempo, el amor y la muerte, y siempre sublima. Así nos recrea y enriquece, o, como dice Robert Musil, «nos procura una evasión recreativa de la realidad con el fin de volver a ella enriquecidos»¹⁴. Un solo instrumento, magnífico y completo, como la rosa cantada por Juan Ramón Jiménez, usa para su oficio iluminador: la belleza. En su poder de elevar confía, se fía de su virtud de mejora renovadora y se consagra a crear. La creación lo arrima al sitio ubicuo donde se encuentra, en lo grande y lo pequeño, en lo

alto y lo bajo –«¿sales del negro abismo o bajas de los astros?»¹⁵, pregunta en endecasílabo Baudelaire–, y se demora en él acechándola. Desde su afortunada vecindad la ve por los demás y nos la acerca sin miedo a afrentas e incomprendimientos. Sabe, como Manuel Mujica Láinez, que «es más fuerte que las mezquindades que dividen a los hombres»¹⁶, que rompe la rutina de lo vulgar, que transfigura lo bajo y aciago para que ostente su lado humano, y no teme arrostrar la soledad silenciosa a que su misión le obliga. La tristeza sin sentido, el amor verdadero, el falso amor, los estragos del tiempo inexorable, la bondad vencedora del paso del tiempo, la mezquindad y la magnanimidad, la compasión y el desprecio, la barbarie y el refinamiento, la crueldad y la clemencia, lo diabólico y lo angélico, la alegría y el dolor, la muerte, la esperanza, los hitos y rostros múltiples de la existencia, son transfigurados por el artista con el bien difícil de la belleza. El artista sin imposturas es la prueba viva del desencuentro entre la belleza y la utilidad. Fernando Pessoa y Franz Schubert son ejemplos paradigmáticos de la desavenencia entre ambas. Los dos llevaron vidas paralelas de renuncia y miseria por mantenerse fieles a su vocación artística. El portugués melancólico apegado a Lisboa declinó aceptar trabajos que le impidieran dedicarse a escribir, a atrapar la belleza en el verso, y conoció el flagelo de la pobreza severa. Maltratado de penurias, hubo de pedir prestado para comer. «*V. podía emprestar-me vinte mil-réis?*», ruega al amigo Cortes-Rodrigues, en una carta fechada el 19 de noviembre de 1914¹⁷. Otro tanto acaeció al austriaco genial creador del *Lied*. Fiel a su misión –“yo he venido al mundo para componer”, decía–, desdeñó, como Pessoa, cuantos empleos, aun los bien remunerados, le impidieran consagrarse a la música: a hacer que la voz eterna de la belleza se oiga en el tiempo. Hasta el hartazgo se pueden amontonar los ejemplos de artistas que viven la discordia entre la belleza y la utilidad.

Así lo recogen las definiciones que se han dado de ella. La de Kant no ofrece dudas. «La belleza, sentencia en la *Crítica del Juicio*,

es lo que place sin interés»¹⁸, o sea, sin utilidad, provecho o ganancia. Muchas otras cosas placen, agradan, dan gusto, complacen y satisfacen. Place ver granar las espigas en el trigal que llenarán hasta el tope la troje de grano; agrada el paseo en compañía que alivia de las horas de soledad; da gusto saborear una copa de buen vino charlando junto a la lumbre; complacen el aplauso, el reconocimiento y el prestigio sociales; satisface el aumento de sueldo que mitigará las estrecheces. Nada de eso es vituperable. El agrado o contento que esas cosas procuran redundan en nuestro provecho. Llenar la troje de grano, evitar la soledad, un rato de solaz sencillo, el ascenso a los podios de la sociedad, el incremento de bienes económicos son de utilidad y nos interesan. Todo eso es grato, gustoso, ameno, y tal vez conveniente, pero no es la belleza. No lo es porque la complacencia en ello la dicta el interés; porque nos adherimos y asentimos a ello por su utilidad. Muy otra es la manera que la belleza tiene de subyugar. La belleza cautiva, sin menoscabo de la libertad, por la intensidad de sus esplendores innecesarios. Ningún interés o ventaja, sino su belleza libremente constrictiva, mueve a tributar reconocimiento o a prosternarse sobrecogido ante la integridad rotunda de una flor frecuente en los montes de España. Exaltadamente lo dice el verso del poeta: *De rodillas, mortal, aquí hay violetas*. Y ni utilidad ni ganancia, sino puro desinterés, o un paradójico interés desinteresado, incita a pasarse las horas muertas oyendo embelesado *E lucevan le stelle*, el aria de Tosca, la ópera de Puccini. Las violetas y el aria son bellas. Placen aunque contraríen nuestro interés; gustan sin que reporten utilidad. Les basta su implecable plenitud para cautivar. Cualquier incentivo, reclamo, acicate o señuelo –recurrir para agradar a instancias externas a su pura perfección– las empañaría. La belleza es exigente. Reclama ser estimada por ser completa, no por interés, y en otro caso se oculta. La exigencia es ardua porque se opone a cierta querencia de nuestra naturaleza. No es preciso compartir el dislate de Freud, para el que el hombre es el ser menesteroso sin otro afán que reme-

diar su constitutiva menesterosidad, para admitir el peso de los intereses en nuestra vida. Algunos son necesarios y es un deber defender los legítimos. Pero si imponen su ley mezquina, someten la voluntad, nublan la inteligencia, ciegan los sentidos y ofuscan. En ese estado, la belleza, la posibilidad escondida, no se percibe. Pasamos a su lado una y otra vez sin reparar en ella.

Hay genios tan centrados en la belleza misma, son tan ajenos a las prestaciones que augura, que se desentendían de lo demás. Ella sola colma y el resto sobra. Hasta de la posibilidad de representarla, de aprisionarla en formas sonoras que el intérprete pueda ejecutar, se desentendió Beethoven alguna vez. Lo cuenta Thomas Mann en el capítulo XX de su *Doktor Faustus*. El protagonista,

Adrian Leverkühn, propone al amigo que lo visita en Leipzig asistir a un concierto. La calidad musical de la obra, una de las composiciones para cuerda de la última época del genio de

Bonn, el cuarteto en la menor, opus 132, lo mueve a aceptar. Ambos reconocen que la composición es propia de un genio, pero con tales dificultades técnicas, que resulta casi imposible ejecutar. Los violinistas de la época lo advirtieron y se quejaron airadamente. Protestaban porque la obra excedía las posibilidades del violín, aun en las manos de un virtuoso, y exigía al intérprete una destreza sobrenatural. Ésta fue la destemplada respuesta de Beethoven a un crítico encrespado: *Was geht mich Ihre verdammte Geige an! (Qué me importa a mí su maldito violín)*¹⁹.

El suceso, real o fabuloso, ilustra impecablemente el lugar de la belleza. Su emplazamiento es la cima: más arriba de la cota donde está el interés. El artista tiene que rebasarlo para alcanzarla. Si por acomodo, provecho, conveniencia o algún otro anzuelo del ánimo utilitario, cede a sus halagos y permanece con él, la belleza se elevará aún más arriba, a la altura difícil de lo ideal, y nunca la alcanzará. La belleza no es sierva del

interés. Rechaza placer bastardamente, por fundamentos interesados que degeneran su origen y naturaleza. No vale por ser útil, sino por ser; no presta sus servicios a la supervivencia, sino a la vida merecedora de llamarse humana; no tiene la fórmula para resolver los problemas del mundo, pero gracias a ella es un lugar habitable. La belleza es la inutilidad espléndida.

La incompatibilidad entre interés y belleza emparenta a ésta con la ética y con la persona. Una y otra se miden también con magnitudes distintas de la utilidad o el provecho que reportan.

“Ética” significa obrar movido por lo debido, no por lo ventajoso, sustancioso o útil, aun cuando cueste caro, no traiga cuenta, toque perder o sea menos rentable que ha-

cerlo instigado por lo indebido. Tan alta forma de obrar exige relativizar los propios intereses y darles el valor que les corresponde. Cuando nos aferramos a ellos como

Las personas tienen un valor inconmensurable e imposible de medir con interés o utilidad

único argumento o nos empeñamos en imponerlos contra viento y marea, el diálogo y la acción morales resultan imposibles. Son suplantados por la ley de la selva y la lucha de intereses. No hay razón que induzca a dar el brazo a torcer al que se acoge al propio interés como argumento último. Los intereses son recios, concretos, rotundos, macizos. Se tiene lo que se tiene. Siguiendo su lograda lógica -haciendo oídos sordos a la razón- no hay modo de establecer la jerarquía entre ellos. Cada cual tratará de imponer los suyos y surgirá el conflicto, cuya solución es política o moral. La primera es aparente -a veces hasta una farsa- y suele dejar las cosas como están. Consiste en un reparto o una renuncia mutua siguiendo el criterio de la fuerza de los grupos o individuos en pugna. Cuanto más se tenga, mayor será la cuota en el reparto y menor la renuncia. De ese modo, el conflicto permanece, aunque amortiguado, reducido a un nivel de baja intensidad socialmente tolerable. Se mantiene inactivo, como un volcán apagado,

hasta que la chispa de nuevas discrepancias vuelva a hacerlo estallar. Para evitarlo e impedir la explosión del conflicto latente, sosegado por un tiempo con arreglos políticos, es preciso darle solución moral, es decir, justa. Eso sólo es posible si no se antepone el interés propio, por el hecho de serlo, al interés ajeno, es decir, si estamos dispuestos a comparar uno y otro con ecuanimidad para averiguar cuál vale más. La solución es difícil, pues no se alcanza haciendo cálculos de intereses, sino evaluando su contenido o valor moral, y esa evaluación requiere desprendimiento, desapego, juicio imparcial. Los hombres que reúnen esas condiciones serán capaces de desinteresarse del propio interés, de no ir a lo suyo, que es el cuño de la grandeza, y resolverán justamente los conflictos. El modo de solventarlos muestra el parentesco entre ética y estética o entre belleza y moral. El bien es bello y *nulla ethica sine aesthetica*.

Las personas tampoco se miden con magnitudes de interés o utilidad. Tienen un valor inconmensurable e imposible de medir con ellas; no son sujetos de medida o tasación con semejantes metros; rebasan su capacidad de medición y, si se encierran en sus estrechos límites, las revientan. Con magnitudes de interés o utilidad se tasan las cosas y, una vez tasadas, se les pone precio. Tasar significa poner tasa o precio a las cosas vendibles. Tal operación es imposible con las personas, pues no tienen precio, ni grande ni pequeño, sino valor incondicional. No se tasan en dinero; no se despachan en el mercado; no están en venta; no cuestan, valen. El valor no venal de las personas se llama dignidad. Toda persona es digna, sin interrupción, desde la cuna a la tumba. Lo es, no por las prestaciones que dé, la utilidad que reporte, o el interés que devengue, sino por ser. Cualquier otro requisito las afrenta, maltrata, ultraja y escarnece. Cuesta trabajo creer que se llegue a barbaries así. Pero se llega. El desmán lo perpetra una inmoral doctrina moral llamada utilitarismo, según la cual sólo se es persona mientras se pueda gozar y producir. Sin prestaciones lúdicas y productivas; sin rendir frutos gozosos para uno mismo ni

producir bienes útiles en la incesante maquinaria económica, no se merece el rango de persona. Ni la dignidad ni el respeto a los derechos de que es titular. La mercantil manera de concebir la persona se funda en un olvido: el valor sin precio ni contrapartidas de la dignidad que la adorna. La persona vale por sí misma. Su interioridad se abre hacia dentro y hacia fuera; las cosas y los animales se incomunican y cierran: aquéllas a todo, éstos a todo menos al interés por la conservación del individuo y la especie. La persona crea un ámbito de intimidad que atrae, como el imán, a cuanto la rodea. Los seres personales cooperan, dialogan, coexisten, se relacionan, crean vínculos –desde los estrechos de la familia a los anchos de la sociedad–, se reúnen, colaboran. La persona es el ser con capacidad dialógica de congregar. En eso coincide con la belleza; la espléndida plenitud que congrega a su alrededor. Como la persona, reúne, convoca, reclama, llama, hace venir cerca. La belleza más grande en este mundo son las personas.

NOTE

¹ «¡La belleza es una cosa terrible y espantosa! Es terrible porque es indeterminable y no hay modo de dedeterminarla porque Dios no ha planteado más que enigmas». F. DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamázov*, Cátedra, Madrid 2009, 214.

² «Una vez admitido entre aquellos seres selectos y aceptado como su igual, Lucien representó allí la Poesía y la Belleza». H. DE BALZAC, *Las ilusiones perdidas*, Random House Mondadori, Barcelona 2010, 237.

³ «¿Por qué no se deja en paz al artista para que cree un mundo nuevo si así lo desea, o para que retrate el mundo que ya conocemos y del que, imagino, ya estaríamos hartos de no ser porque el arte, con su fino espíritu de elección y su delicado instinto selectivo, lo purifica para nosotros, por así decirlo, dotándolo de una perfección momentánea?». O. WILDE, *La importancia de no hacer nada*, Rey Lear, Madrid 2009, 23-24.

⁴ «One does not see anything until one sees its beauty». O. WILDE, *The Decay of Lying*, Libros C. de Langre, San Lorenzo de El Escorial 2001, 110.

⁵ Citado por A. GONZÁLEZ, *La poesía y sus circunstancias*, Seix Barral, Barcelona 2005, 114.

⁶ C. BAUDELAIRE, *Crítica literaria*, Visor, Madrid 1999, 214.

⁷ Cfr. C. R. DARWIN, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, 1st edition, John Murray, London

1871. (Disponible *online* en: http://darwin-online-org.uk/EditorialIntroductions/Freeman_TheDescentofMan.html).

⁸ Cfr. J. VON UEXKÜLL, *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, Springer, Berlin 1909. Del mismo autor, *Streifzüge durch die Umwelten von Tieren und Menschen*, Rowohlt, Hamburg 1956.

⁹ «Voll Verdienst, doch dichterisch wohnet / Der Mensch auf dieser Erde». Citado por M. HEIDEGGER, «Hölderlin und das Wesen der Dichtung», en *Hölderlin*, herausgegeben von A. KELLETAT, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen 1961, 131.

¹⁰ Cfr. L. POLO, *Antropología trascendental I*, 1ª, II, Eunsa, Pamplona 1998, 38-45.

¹¹ «El hombre es un animal poético y embellece todo lo que toca», C. S. LEWIS, «¿Es poesía la teología?», en *El diablo propone un brindis*, Rialp, Madrid 1992, 70.

¹² A. SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, I. Trotta, Madrid 2004, 249.

¹³ «Me refiero, si recuerda usted, a su alusión a que existen en el mundo ciertas personas que pueden...mejor dicho, no que pueden, sino que tie-

nen pleno derecho para ello, cometer toda clase de desmanes y transgresiones porque la ley no reza con ellos». F. DOSTOIEVSKI, *Crimen y castigo*, Cátedra, Madrid 2006, 362-363.

¹⁴ «“Sehr schön”, antwortete sie, ‘aber man behauptet, dass die Kunst eine Erholung von der Wirklichkeit ist, mit dem Zweck, erfrischt zu dieser zurückzukehren’». R. MUSIL, *Der Mann ohne Eigenschaften I*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, Bonn 1999, 573.

¹⁵ «Sors-tu du gouffre noir ou descends-tu des astres?», C. BAUDELAIRE, «Hymne à la Beauté», en *Les Fleurs du Mal*, Gallimard, Paris 1996, 52.

¹⁶ M. MUJICA LÁINEZ, *Bomarzo*, Planeta, Barcelona 1981, 58.

¹⁷ F. PESSOA, *Obras em Prosa*, Editora Nova Aguilar, Rio de Janeiro 1998, 50.

¹⁸ I. KANT, «Kritik der Urtheilskraft», en *Kants Werke*, Akademie Textausgabe, V, Walter de Gruyter, Berlin 1968, 221.

¹⁹ T. MANN, *Doktor Faustus*, Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt am Main 1990, 214.